

A LOS OBLATOS DEL CANADÁ

10 Junio 1977 - Carta - San Norberto, Manitoba

Papel de los oblatos en el pasado. - Promoción de la justicia. - Formación de líderes cristianos. - Cooperación entre las Provincias. - Testigos de los valores cristianos. - Preocupación por las vocaciones.

L.J.C. et M.I.

Después de la sesión conjunta, en St-Norbert, con vuestros Provinciales y delegados de provincias, y después de haber visitado algunas de vuestras obras y comunidades, los miembros del Consejo general han reflexionado juntos sobre la realidad oblata canadiense. Me han pedido que os diera a conocer, antes de mi vuelta a Roma, sus impresiones. Lo hago con mucho gusto y con cierta seguridad, pues el texto fue revisado y aprobado por ellos.

En todas partes, y de manera especial en Villa Mana, la acogida fue calurosa, fraternal y muy abierta. Los miembros del Consejo desean agradeceróslo cordialmente. Hemos venido a vosotros como hermanos, para escucharos, preguntaros y dejarnos preguntar por vosotros, y confirmaros en vuestro compromiso al servicio de la Iglesia y de los pobres, convencidos como estamos de que vuestro trabajo y vuestra vida, si son bien logrados, pueden ser fuente de inspiración y de confianza para todo el Instituto.

Papel de los oblatos en el pasado

Los oblatos en el pasado han desempeñado un papel de primordial importancia dentro de la Iglesia del Canadá *a mari usque ad mare*. Han predicado el Evangelio a los pobres, han llevado el conocimiento y el amor de Jesucristo hasta los lugares más alejados del Gran Norte, han sido los apóstoles y el sostén de los inmigrantes: alemanes, polacos, italianos..., han propagado el culto de la Virgen María. E incluso, respondiendo a la visión del Fundador que miraba Montreal como "la puerta que introduciría la familia a la conquista de las almas de varios países" (a Honorat, 9-10-41), han salido del Canadá para misionar, no solo en Estados Unidos y México, sino también en África, en Asia y en Sudamérica.

"Cuanto más santos seáis, les había dicho Mons. de Mazenod, más se propagará el bien" (Ibid). Entre ellos ha habido santos auténticos. Baste recordar a los tres oblatos cuyo proceso de beatificación está en curso: Mons. Grandin, Mons. Charlebois, y el Hermano Antonio Kowalcyck.

Todavía hoy, pese al envejecimiento y a la baja de vocaciones, los oblatos con sus 1600 miembros constituyen una fuerza apostólica. Están llamados a responder a nuevos retos, que se hacen cada día más urgentes. El Congreso quiso fijarse en tres de ellos. Queremos también subrayarlos.

La promoción de la justicia

En la sociedad, la promoción de la justicia. Hay, se ha dicho, problemas serios, 'puntos candentes' que exigen una iluminación evangélica: derechos a la vida, derechos aborígenes, derechos de los inmigrantes, nuevo orden social, e incluso porvenir del Canadá. Ningún oblatos puede quedar indiferente ante semejantes cuestiones. La promoción de la justicia, muy especialmente en el mundo actual, es parte integrante de la evangelización. Es deber de todo oblatos informarse bien de esas cuestiones, recordar a menudo a sus fieles su responsabilidad en esa materia, y sostener y ayudar a sus hermanos comprometidos en este difícil apostolado.

La formación de líderes cristianos

En la Iglesia, la formación de líderes cristianos. Es igualmente una preocupación que debe ser constante en el oblatos de hoy: con miras a la formación de comunidades cristianas vivas, aborígenes o blancas, promover cada vez más el compromiso de los laicos en los ministerios y responsabilidades de la Iglesia. El porvenir de la Iglesia está ahí y el oblatos nunca hará demasiado en esa dirección.

La cooperación entre las Provincias

Entre las Provincias oblatas, la cooperación. Ya el 9 de octubre de 1841 escribía el Fundador al P. Honorat: "Somos todos miembros de un mismo cuerpo, que cada uno concurra con todos sus esfuerzos y, si es preciso, con sacrificios al bienestar de ese cuerpo y al desarrollo de todas sus facultades". Los oblatos de Canadá serán fuertes y eficaces para el progreso del Evangelio en la medida en que estén unidos y sean capaces de trabajar juntos, de compartir. Desde la fundación de la C.O.C. se han hecho notables progresos en ese campo: ayuda financiera, ayuda en personal, ayuda en los servicios. La nueva repartición de los territorios del Nordeste (Bahía James y Labrador) entre las Provincias de San José, de Nuestra Señora del Rosario y de San Pedro es también un ejemplo elocuente. No podemos menos de alentar fervientemente esa orientación, aunque asegurándoos que a ninguna Provincia se le impondrá una carga demasiado pesada para sus hombros.

¿Qué deciros, qué consignas dejaros antes de despediros?

Testimoniar los valores cristianos

En un mundo rico, sed los testigos de la pobreza de Jesucristo y de su libertad interior. Esforzaos por vivir pobremente, amad a los pobres, servid a los pobres, a los de vuestro país, sin olvidar a los del Tercer Mundo.

En un mundo que se materializa más y más, hasta perder el sentido de los valores morales, no temáis anunciar abiertamente a Jesucristo y recordar "a tiempo y a destiempo" los valores evangélicos y las exigencias de la fe. Al enviar a sus primeros Padres al Canadá, el Fundador quería "hombres capaces de anunciar la Palabra de Dios" (a Courtés, 11-8-41)

En un mundo que amenaza aplastar a los profetas, sed fuertes. "Reconfortaos en el Señor y en el vigor de su poder, recomendaba también Mons. de Mazenod, manteneos bien firmes, ceñidos los lomos con la verdad... Vivid unidos en un mismo espíritu, colaborando en la fe del Evangelio" (a Honorat y socios, 29-9-41).

Preocupación por las vocaciones

Pensad, finalmente, en las vocaciones oblatas. Para promover la justicia, para formar líderes cristianos, para cooperar entre Provincias, ¡hace falta primero existir! Sé que en todas las Provincias que pueden hacerlo se han realizado grandes esfuerzos en esta línea. Os felicito, y no puedo menos de alentaros a perseverar en ese empeño con mucha confianza. El Señor acabará escuchándoos.

Para terminar, quiero dar las gracias a nuestros obispos oblatos por su presencia fraternal durante el Congreso, y saludar especialmente a nuestros Hermanos, tan numerosos y activos en varias provincias canadienses. Ellos son para la Congregación y para la Iglesia una riqueza muy grande. A los oblatos de las misiones más aisladas, que ningún miembro del Consejo general ha podido visitar, y a los oblatos enfermos que ofrecen sus sufrimientos por el Instituto, quiero expresarles nuestro profundo afecto y la promesa de nuestra oración. Finalmente, a nuestros novicios y escolásticos, les digo: Bienvenidos a nuestro grupo y sed felices en él con vuestra personal donación completa a Jesucristo. ¡Vosotros sois la Congregación de mañana!